



ENSAYO

Pensamiento y Acción Interdisciplinaria

EL BIENESTAR SOCIAL DESDE UNA PERSPECTIVA DE LA SOCIALIDAD Y REPRODUCCIÓN SOCIAL DE LOS SUJETOS

SOCIAL WELFARE FROM THE PROPOSAL OF SOCIALITY AND SOCIAL REPRODUCTION OF SUBJECTS

Recepcionado: 23 de Diciembre de 2016 / Aceptado: 26 de Mayo, 2017

Adán Cano Aguilar¹

Resumen

En este trabajo se propone abordar una realidad concreta (*el bienestar social*), delimitada mediante las dimensiones representadas por los contextos (*económico, social, cultural, político*), y referida a una situación específica (la pobreza o la *sobrevivencia*); desde la perspectiva de la propuesta conceptual de la reproducción social y la socialidad de los sujetos. El punto de partida es considerar a las necesidades y sus satisfactores en una relación dialéctica que sustenta el proceso del bienestar social, mediante el cual se reproducen estos sujetos y al mismo tiempo contribuyen a la reproducción de los sistemas de los que forman parte. La sobrevivencia es la reproducción social mínima. Para analizar cómo se da este proceso multidimensional de reproducción de sujetos sociales, como la familia, se recurre a conceptualizar la socialidad como articulación de tres conjuntos de fenómenos microsociales: intersubjetividad, interacción y relación social. En este trabajo, por lo tanto, se pretende tender un puente epistemológico entre el marxismo crítico y la fenomenología social de Schutz. De este modo, subjetividades sociales como la confianza, la reciprocidad y la solidaridad, pertinentes a procesos de reproducción social, en lugar de ser consideradas como características o atributos de los sujetos sociales, se comprenden como entendimientos compartidos como percepciones construidas socialmente.

Palabras clave: bienestar social, necesidades, reproducción social, socialidad, familia.

Abstract

This paper proposes to address a specific reality (social welfare), delimited by the dimensions represented by the contexts (economic, social, cultural, political), and referred to a specific situation (poverty or survival); from the perspective of the conceptual proposal of the social reproduction and the sociality of the subjects. The starting point is to consider needs and their satisfactors in a dialectical relationship that supports the process of social welfare or satisfaction of needs, through which these subjects reproduce and at the same time contribute to the reproduction of the systems of which they form part. Survival is minimal social reproduction. In order to analyze how this multidimensional process of reproduction of social subjects such as the family, it is proposed to conceptualize sociality as articulation of three sets of micro-social phenomena: inter subjectivities, interactions and social relations. In this work, therefore, the author tries to bridge the gap between

¹ Sociólogo, Maestro en Ciencias Sociales con orientación en Trabajo Social y Doctorado en Filosofía con orientación en Trabajo Social y políticas comparadas de bienestar. Docente investigador adscrito a los Programas de Licenciatura en Trabajo social y de Maestría en Trabajo social y Maestría en Ciencias Sociales para el Diseño de Políticas públicas en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México. Correo electrónico: adan.cano@uacj.mx

Critical Marxism and Schutz's social phenomenology. In this way, social subjectivities such as trust, reciprocity and solidarity, pertinent to processes of social reproduction, instead of being considered as characteristics or attributes of social subjects, are understood as shared understandings or as socially constructed perceptions.

Key words: Social welfare, needs, social reproduction, sociality, family.

Introducción

El propósito de este trabajo es exponer la reflexión del bienestar social desde la propuesta de una perspectiva teórica formulada a partir de la articulación de dos conceptos: la reproducción social de los sujetos y su socialidad inherente. El enfoque propuesto pretende superar la tensión entre estructura y acción, presente en el debate sobre la conceptualización de problemáticas asociadas a la desigualdad económica, la pobreza, la marginación y la vulnerabilidad social. La reflexión teórica tiene sus fundamentos en los principios epistemológicos de la totalidad concreta, y se busca así aportar al debate interdisciplinario de un tema tan caro y fundamental para el Trabajo social como lo es el del bienestar. Estas reflexiones guiaron la realización de una investigación acerca del bienestar y la reproducción social de familias en una comunidad rural en el noreste semiárido mexicano (2011), la cual se realizó con una metodología etnográfica (Hammersley y Atkinson, 1994).

El hilo conductor de este ensayo se estructura en tres apartados. Se expone en primer lugar la concepción del bienestar social como la síntesis de necesidades y satisfactores; se analizan estos componentes y su relación; y se describe a la familia como un sujeto social del bienestar.

En el segundo apartado se aborda el concepto de reproducción social de los sujetos como un proceso mediante el cual se realiza la relación dialéctica entre necesidades y satisfactores. Se reflexiona sobre el papel de la familia en este proceso de reproducción social. Éste no se efectúa en abstracto y de manera sistémica, sino a través la praxis de un sujeto concreto (en este ensayo, la organización familiar).

Esta praxis se aborda en el último apartado, en el cual se reflexiona acerca de la socialidad desde un punto de vista microsociológico, entendiendo por praxis el conjunto de acciones de los sujetos que permiten su transformación y reproducción y la de los sistemas en los que se encuentran situados. Se propone así una conceptualización particular de la socialidad, como conjunto de fenómenos microsociológicos protagonizados por sujetos sociales concretos, que se despliegan en diversos ámbitos o sistemas.

En el contexto disciplinar del Trabajo social, una parte considerable de la formación, la aportación teórica, la investigación y la aplicación de conocimientos se realiza en los niveles micro y mezo de intervención, precisamente el ámbito de fenómenos que este concepto de socialidad propuesto pretende abarcar.

El bienestar social se entiende así como el resultado de la síntesis de la relación dialéctica entre necesidades y satisfactores, concretándose como una situación de satisfacción suficiente de necesidades básicas y sociales de los sujetos sociales, en un momento sociohistórico y en un contexto espaciotemporal específicos.

La relación dialéctica de necesidades y satisfactores y la familia como sujeto de esta relación

En este ensayo, para hablar de bienestar social se recurre a una teoría de las necesidades. Heller (1998), en su análisis del concepto de *necesidad social* en Marx, distingue el concepto de necesidades naturales (físicas o biológicas); del de necesidades socialmente determinadas, éste de un significado más amplio y en el cual se incluye al primero. Señala que esta concepción de necesidades *naturales*, que las refiere al “mantenimiento de la vida humana (autoconservación)” y sin cuya “satisfacción el hombre no puede conservarse como ser natural”, permaneció constante durante la obra de Marx (Heller, 1998:31).

Se reconoce desde este enfoque conceptual que las necesidades existenciales o naturales definen un umbral más allá del cual no es posible la existencia humana ;de modo que el término *supervivencia* alude a la reproducción social de las familias en un contexto de pobreza (insuficiencia del ingreso) y de marginación (exclusión del acceso a bienes y servicios públicos). Preguntarse cómo sobreviven las personas y familias en este contexto, exige no sólo investigar cuáles son y cómo interactúan los factores estructurales en una situación concreta; sino también cómo se logra la *reproducción mínima*, es decir, cómo se logra la satisfacción de los *irrebasables* (Ballester 1999:56), aquel conjunto de necesidades primarias o existenciales, en términos de Heller: la “de alimentarse, la necesidad sexual, la necesidad de contacto social y de cooperación, la necesidad de actividad” (1988:170).

También se ha señalado que estas necesidades ‘naturales’ son también sociales, en el sentido de que de hecho son ‘socialmente satisfechas y producidas’ (Garaudy, 1970:62), al poseer “un componente social en el proceso de su satisfacción” (Jelin, 1984:27), hecho que revela el carácter dialéctico de la relación necesidades- satisfactores:

‘el volumen de las llamadas necesidades naturales’, así como el modo de satisfacerlas, son de suyo un ‘producto histórico’ que depende, por tanto,

en gran parte, del nivel de cultura de un país y, sobre todo, entre otras cosas, de las condiciones, los hábitos y las exigencias con que se haya formado la clase de los obreros libres. (Marx, *El Capital*, vol. I, citado por Heller, 1998:30)

Por lo tanto, el enfoque de necesidades básicas o naturales, se extiende más allá de lo fisiológico. Además de estas necesidades, en el proceso de reproducción social se satisfacen otras necesidades “socialmente necesarias” o “humanas”, las cuales han sido concebidas como una “condición necesaria para la existencia del ser humano” (Solís, 2005:29); las cuales Heller, en una interpretación del párrafo citado previamente, define como aquellas surgidas históricamente y no dirigidas a la mera supervivencia, en las cuales el elemento cultural, el moral y la costumbre son decisivos y cuya satisfacción es parte constitutiva de la vida “normal” de los hombres pertenecientes a una determinada clase de una determinada sociedad. (1998:33–34)

Noguera (2002) analiza tres dimensiones del concepto marxista de *trabajo*: la cognitivo instrumental, la práctico moral y la estético – expresiva (p. 163), de modo que la categoría marxista de capital o trabajo no puede reducirse a su componente económico; asimismo, la de necesidad tampoco puede ser reducida a una sola determinación. Esta observación da pie a distinguir las llamadas necesidades propiamente humanas (aquellas que están más allá de la mera supervivencia y cuyo desarrollo no requiere la acumulación infinita de satisfactores), de las humanas alienadas (“la necesidad de dinero, poder y de posesión”) (p.172).

Esta distinción es paralela a la que hace Margulis (1975) entre necesidades verdaderas (de los *hombres*) y falseadas (del *sistema*). En este sentido, se ha señalado que el sistema económico capitalista no busca satisfacer las necesidades humanas, sino “vender, obtener ganancias, mantener y hacer crecer el sistema” (p. 79). Esta alienación de la producción soslaya las necesidades de reproducción de la fuerza de trabajo, en cuanto considera a ésta sólo como insumo, activo productivo, mercancía para el funcionamiento y reproducción del sistema económico.

Si se considera a la configuración familiar doméstica como uno de los elementos del proceso de reproducción social del sistema, aquel factor que sostiene y reproduce el insumo “fuerza de trabajo” del sistema, es preciso reconocer los momentos concretos en que no es el insumo del sistema sino este sujeto social con necesidades concretas que se conforman de diversos factores:

En esta determinación intervienen: a) la combinación de las necesidades de cada uno de los miembros, de acuerdo con su inserción social (edad, sexo, ocupación); b) la adaptación cambiante de las necesidades domésticas a las coyunturas económico – sociales a lo largo del ciclo doméstico; y c) la propia historia del grupo doméstico, en tanto proceso temporal de

acumulación (o pérdida) de recursos necesarios para las actividades ligadas al mantenimiento de los miembros. (Jelin, 1984:27)

Al plantear esta interacción entre características y dinámicas de la familia en el marco de la satisfacción de necesidades como un proceso, se hace oportuno considerar la naturaleza de las fuentes de estos satisfactores. A este proceso se le ha llamado en este ensayo “reproducción social del sujeto” y tiene como resultado la situación de bienestar social. Como se ha señalado ya, a pesar del carácter de condicionante que en el sistema capitalista adquiere el mercado, éste no constituye la única fuente de recursos para la reproducción social de los sujetos. En una primera clasificación basada en el nivel de formalidad de los procesos para la obtención de satisfactores, en un extremo de mayor formalidad de éstos están el *mercado* y / o el *Estado*; y en el extremo de mayor informalidad, la *comunidad* y / o el *grupo doméstico* (Narotzky, 2007:171).

Por su parte, ya Eguía (2004) había identificado las funciones que juegan el mercado, el Estado y la comunidad como fuentes de satisfactores en los procesos de reproducción social. Considera que el mercado de trabajo es el principal proveedor de satisfactores en la sociedad actual; y entre los otros recursos ‘complementarios’ de la reproducción social familiar identifica la participación en programas sociales, que implican la recepción ya sea de valores de uso o servicios gratuitos o de subsidios monetarios; las actividades de autoabastecimiento, el trabajo doméstico, el establecimiento de redes de ayuda entre parientes, amigos y/o vecinos y las estrategias desarrolladas en el campo de la salud, enfermedad y atención. (Eguía, 2004:84)

Jelin (1984) identificó las siguientes fuentes y tipos de recursos para la satisfacción de necesidades de la familia: el trabajo de los integrantes (monetario: salario; no monetario: trabajo doméstico), las transferencias del Estado (monetario: pensiones; no monetario: acceso a obras públicas) y las transferencias informales de parientes y vecinos (ayuda mutua en reciprocidad o trueque) (Jelin, 1984:29). Más recientemente, Boltvinik (2007), distingue las fuentes de bienestar (recursos disponibles) de los satisfactores (recursos efectivos en la satisfacción), con los que cuentan individuos y familias. Propone una tipología de siete satisfactores: “1) objetos o bienes; 2) servicios; 3) relaciones; 4) actividades; 5) conocimientos y teorías; 6) capacidades, y 7) instituciones” (Boltvinik, 2007:78); e identifica como fuentes directas:

- 1) el ingreso corriente; 2) el patrimonio básico, entendido como el conjunto de bienes y activos durables que proporcionan servicios básicos a los hogares; 3) los activos no básicos y la capacidad de endeudamiento del hogar; 4) el acceso a los bienes y servicios gratuitos que ofrece el gobierno; 5) el tiempo disponible para el descanso, el trabajo doméstico, la educación

y el tiempo libre; y 6) las habilidades y conocimientos de las personas, fundamentales en el desempeño de cualquier actividad. (Boltvinik, 2007:79)

Se advierte la influencia de la Escuela de Budapest en la descripción que hace del ser humano y sus necesidades, en la que se reflejan la objetivación, la universalidad, la socialidad y la conciencia:

El ser humano necesita, pues, objetos externos (bienes). Pero (...) Puesto que sin el trabajo el ser humano no es tal, éste se transforma en necesidad central. El ser humano necesita su propia actividad. El ser humano necesita también actividades de otras personas que le benefician (...) Por tanto, el ser humano necesita relacionarse con otros seres humanos. Necesita relaciones. Por último, (...) el ser humano necesita saber y entender, es decir, necesita información, conocimientos, ideas, marcos conceptuales, teorías o explicaciones. (Boltvinik, 2007:78).

En este tenor, se ha considerado que, en el contexto de la reproducción del sistema económico, la satisfacción de este tipo de necesidades “morales” o histórico-culturales, junto con la de las necesidades físicas, constituirían el límite máximo de la jornada de trabajo (Marx, 1981:62-63). La problemática en torno a las necesidades no se reduce al problema de la pobreza como insuficiencia de ingresos para satisfacer necesidades ‘vitales’, porque la conformación de las necesidades, como de los satisfactores interrelacionados en el proceso de reproducción social de las familias, se realiza en un contexto político, económico y cultural concreto (García, 2004), el cual dispone coordenadas espaciotemporales específicas, que van más allá de los procesos de reproducción del sistema económico.

Reproducción social de los sujetos

Se adoptó el concepto de reproducción social del sujeto como articulador de la reflexión, porque permite abordar el tema de la sobrevivencia en la pobreza desde una perspectiva dialéctica y concebir una síntesis de la tensión estructura – acción implícita en el debate de la definición de pobreza. También se apreció la riqueza heurística del concepto, en cuanto permite pensar sobre la interacción entre satisfactores y necesidades tomando en cuenta un las múltiples dimensiones de un contexto concreto. En este sentido, si bien la reproducción social no está determinada únicamente por la estructura económica, el concepto la incluye como condición *sine qua non*, puesto que:

no queda restringido a “producir lo mismo”, como si las condiciones estructurales eliminaran todo margen de autonomía y creatividad de los agentes sociales. (...) El abordaje de las condiciones materiales para la existencia y

la satisfacción de las necesidades básicas constituye un punto de partida. (Ortale, 2003:183)

Así, los procesos de reproducción social se realizan a partir de actividades, acciones, comportamientos y relaciones de los sujetos sociales, enmarcados en un contexto concreto y multidimensional: “La reproducción social es el proceso dinámico de cambio vinculado a la perpetuación de los sistemas sociales, e involucra tanto factores económicos como ideológicos, políticos y sociales en un proceso de mutua influencia” (Todaro, 2004:20). Se han señalado tres dimensiones estructurales de la reproducción: la biológica, la material doméstica y la social; en esta última se incluyen relaciones sociales, valoraciones, normas y pautas culturales que guían y dan sentido a la vida cotidiana en el hogar (Ortale, 2003:183). Esta concepción amplia de la reproducción social familiar concuerda con la definición de la organización familiar con base en tres ámbitos funcionales, de Ariza y Oliveira (2004).

Antes de que la pobreza fuera un tema central de las políticas y las ciencias sociales, Margulis (1980) distinguió la reproducción del sistema social, de la de los hombres, no sólo por la amplitud de sus procesos macro y micro, respectivamente, sino también porque operan bajo distintas lógicas, con distintos propósitos. Así, la analogía *reproducción del sistema* contrapuesta a la de *reproducción de la vida* toma un sentido más claro y pertinente: “La reproducción social de la vida se refiere a la reproducción física de los individuos: día a día, y a su reposición en el tiempo. La reproducción del capital apunta a la valorización del valor, a la producción de plusvalía” (Margulis, 1980: 50).

La idea de reproducción social de los sujetos propuesta en este artículo es coherente con esta idea de reproducción social de la vida, en cuanto el foco de reflexión no es el sistema. Los procesos de reproducción sistémicos se ubican a en un nivel general de reproducción social, en el cual se halla la reproducción de la estructura económica. En otro nivel, que es el que interesa aquí, el concepto de reproducción social es protagonizado por un sujeto social específico, por ejemplo, la unidad familiar. La reproducción social de la unidad familiar ha sido analizada en tres niveles: biológica reproductiva, cotidiana o doméstica, y social (Jelin, 1984; Ortale, 2003; Todaro, 2004):

La reproducción biológica se refiere a la procreación, y consiste esencialmente en la crianza de los hijos (...) Por reproducción de la fuerza de trabajo se entiende no sólo el mantenimiento cotidiano de los trabajadores presentes y futuros, sino también la asignación de los agentes a determinadas posiciones en el proceso productivo (...) Incluye la educación, la transmisión de técnicas de producción, la formación de disciplina laboral, etc. (...) La reproducción social se refiere a la reproducción de las condiciones que sostienen un sistema social: la cuestión fundamental es

qué estructuras se tienen que reproducir para que pueda reproducirse la sociedad en su conjunto. Implica la transmisión del acceso y el control de recursos económicos de una generación a otra, lo cual varía con el tipo de organización social. (Todaro, 2004:21).

Esta conceptualización tripartita se aleja de la tensión mecánica *sistema versus vida* como polos opuestos y más bien incrusta la reproducción del mercado en una concepción más amplia y dinámica de la reproducción de la vida. De esta manera, no se parte de la total determinación de las estructuras sobre los agentes, ni de la total libertad de acción de éstos; sino más bien de considerar que las interacciones entre estructuras (sistema económico) y sujetos sociales (familias) dependen de las coordenadas sociales, espaciales y temporales de un problema concreto. También se destaca aquí esta idea dialéctica que comienza con la reproducción social familiar y se dirige luego a la reproducción social del sistema económico, pero también hacia otros ámbitos de reproducción (cultural o política, por ejemplo), y viceversa.

Esta articulación entre lo social - cultural y lo político - económico en el proceso de reproducción social de las familias ha sido vista como una respuesta de éstas a las condiciones de un contexto caracterizado por la pobreza y problemáticas concomitantes, dando lugar a la noción ya comentada de estrategias para sobrevivir. (Eguía, 2004:85)

Habiendo identificado previamente a la unidad doméstica familiar como un sujeto de la reproducción social, un primer conjunto de procesos abarcados por el concepto tienen lugar en el ámbito doméstico, el cual “incluye básicamente las actividades de producción y consumo cotidiano de alimentos y otros bienes y servicios de subsistencia, así como las actividades ligadas a la reposición generacional, es decir, tener hijos, cuidarlos y socializarlos” (Jelin, 1984:10).

Moctezuma y Navarro (1984) definen tres componentes analíticos del trabajo doméstico familiar, mismos que dependen de la composición etaria y genérica en la familia: la autoconstrucción, el trabajo doméstico y el autoabastecimiento. Nótese que en lugar de incluirla en el ámbito de reproducción del sistema, los autores derivan del trabajo doméstico familiar la venta de fuerza de trabajo (incluida la infantil y la femenina) en el mercado informal.

Arizpe (1986), por su parte, resaltó la importancia de las mujeres como responsables de las actividades no remuneradas de reproducción familiar, definiendo éstas como:

Aquellas actividades que contribuyen a que se reproduzca y se reponga la fuerza de trabajo y la unidad familiar como tal. Estas actividades son, entre otras, la transformación y preparación de alimentos, la crianza y educación de los hijos,

la atención paramédica y psicológica, la vinculación social con otras familias y grupos y la realización de actos ceremoniales y rituales colectivos. (...) Se trata en su mayor parte, de valores de uso para el consumo interno de la unidad (Arizpe, 1986:60).

De esta manera, el proceso de reproducción social familiar no es monolítico ni homogéneo, sino que se compone de la articulación de subprocesos en los diferentes ámbitos en los que los miembros de las familias reproducen su existencia, es decir, satisfacen sus necesidades. La reproducción social se constituye como la síntesis de la dialéctica de necesidades y satisfactores.

Socialidad: intersubjetividad, interacción y relación social

Ballester (1999) propone que las necesidades contribuyen a crear *sociabilidad*: “gracias al papel que en ella asumen, a muy distintos niveles (funcionales o no), las necesidades” (p. 238). En este sentido Boltvinik (2007) resalta la importancia del tiempo libre para cultivar relaciones sociales, cuando éstas constituyen las principales fuentes de satisfactores; como lo había señalado ya Marx (1981: 62 - 63): de las 24 horas del día un ser humano toma una parte para el trabajo, otra para descansar, otra para satisfacer otras necesidades físicas y otra para necesidades intelectuales y culturales. Esta capacidad, por así llamarle, para construir relaciones y mantenerlas, se ha llamado “sociabilidad”. Sin embargo, en este trabajo se considera que las relaciones sociales no son creadas sino que son inherentes al individuo humano, también en una relación dialéctica entre lo social y lo singular.

En este sentido, se puede argumentar que uno de los fundamentos del llamado paradigma del capital social, la *confianza*, es un fenómeno relacional y no una mera característica o atribución de las personas. Al respecto, Hevia (2005) advierte sobre los diferentes niveles en que puede ser usado el concepto de confianza / desconfianza, y lo define “como formas de caracterizar a relaciones sociales que implican algún tipo de riesgo. Si las relaciones entre dos actores implican algún grado de inseguridad o incertidumbre, podrán definirse como confiables o no” (Hevia, 2005: 15).

Los fenómenos representados por los conceptos de acción, interacción y relación, son esencialmente sociales, pues aún en la acción individual existe un mundo intersubjetivo que subyace, y esta intersubjetividad no puede ser sólo de uno. Por lo tanto, se asume que la cooperación y la reciprocidad no sólo son aspectos culturales, sino más que nada son un resultado del movimiento dialéctico de la realidad, que se manifiesta en esta intersubjetividad subyacente en las prácticas sociales.

Es un mundo de cultura porque, desde el principio, el mundo de la vida cotidiana es un universo de significación para nosotros, vale decir, una textura de sentido que debemos interpretar para orientarnos y conducirnos en él. Pero esta textura de sentido – he aquí lo que diferencia al ámbito de la cultura del ámbito de la naturaleza- se origina en acciones humanas y ha sido instituido por ellas, por las nuestras y las de nuestros semejantes, contemporáneos y predecesores. Todos los objetos culturales –herramientas, símbolos, sistemas de lenguaje, obras de arte, instituciones sociales, etc.- señalan en su mismo origen y significado las actividades de sujetos humanos. (Schutz, 1995: 41)

Del mismo modo en que Schutz demuestra que la estructura y la objetividad cultural se conforma a través de las prácticas de sujetos humanos, se puede decir que el sistema económico y el bienestar social se conforman de las prácticas de satisfacción de necesidades de sujetos concretos.

Por otro lado, el mundo subjetivo es un mundo social e histórico. El significado es una construcción social e histórica. Es preciso entonces emprender un análisis de estos fenómenos posibilitados por la intersubjetividad, a fin de identificar ese conjunto de acciones y relaciones sociales que se observan como subyacentes en las prácticas de sobrevivencia y del bienestar.

Por lo tanto, lo que se propone en este trabajo es entender al bienestar social como resultado del proceso de satisfacción de necesidades de un sujeto concreto, el cual se efectúa a través de una socialidad correspondiente, es decir, a través de un conjunto de acciones, interacciones y relaciones posibilitadas por la intersubjetividad entre los sujetos. Este proceso se realiza en un contexto definido por coordenadas estructurales (sociales, culturales, políticas, económicas). De esta manera, se busca comprender los fenómenos, problemas y aspectos del bienestar social, desde un enfoque integrador que permita articular en la reflexión lo estructural y lo subjetivo.

Como señala Navarro (2002), gran parte de la reflexión sociológica acerca de *lo social*, ha sido enmarcada por la dicotomía o tensión entre la agencia y la estructura. Propone la idea de *doble duplicidad de la socialidad humana* como solución a este debate:

La duplicidad primaria apunta a la distinción —y a la interacción conflictiva— entre el individuo «presocializado» y el «socializado» —entre nuestro I y nuestro me, para expresarlo en los términos de Mead. La duplicidad secundaria se refiere a la distinción, y a la compleja interacción, entre nuestro self socializado —el cual incluiría la primera duplicidad, ésa que relaciona y a la vez enfrenta I y me—, y nuestro entorno social objetivo. Este entorno (...) es un resultado emergente de procesos que sólo en parte son de natu-

raleza intencional (...) Un entorno que representa esa «objetividad social» sobre la cual los individuos carecen casi totalmente de control, y que se constituye a partir de procesos sociales de largo alcance, sólo parcialmente intencionales (Navarro, 2002: 66).

De esta idea de duplicidad se puede advertir entre líneas el papel de la intersubjetividad, como puente entre el mundo subjetivo y el objetivo. Herrera (2000), desde una “*epistemología relacional contemporánea*”, identifica tres semánticas del concepto de relación social: referencial, estructural y generativa (p. 60). Con estos elementos, el autor propone una definición de *relación social* como:

aquella referencia —simbólica e intencional— que conecta los sujetos sociales en cuanto genera (también como simple actualización) un ligamen entre ellos, o sea, en cuanto expresa su “acción recíproca” (que consiste en la influencia que los términos de la relación tienen el uno sobre el otro y en el efecto de reciprocidad emergente entre ellos). Por tanto, es oportuno distinguir entre relación social como contexto (o bien como matriz contextual, o sea, como situación de referentes simbólicos y conexiones estructurales observadas en un cierto campo “estático” de investigación) y relación social como interacción (o bien como efecto emergente en/desde una dinámica interactiva). (Herrera, 2000: 62).

Se distinguen así dos acepciones para el concepto de relación social: una objetiva, estructural, contextual, cercana al concepto de cultura como conjunto de símbolos compartidos, por ejemplo; y otra connotación dinámica, que alude a la interacción activa entre sujetos específicos. La primera acepción, puede ilustrarse con el ejemplo de un individuo que actúa solitario de acuerdo a costumbres (y se relaciona así con un alter ego estructural y simbólico); en la segunda acepción se encuentra el caso de dos individuos conversando.

De la Garza (2006) aprecia el retorno de Habermas a los fundamentos de la Teoría Social, con su triángulo conceptual acción social –interacción– significado; pero critica su teoría de la colonización del mundo de vida, porque sigue la línea de los tipos ideales de acción. En cambio, propone el concepto de acción social caleidoscópica con dominancias, recurriendo a Gramsci, al considerar que contiene: “siempre interés, valores culturales, emotividad, cognición, estética y poder (Gramsci, 1977)” (De la Garza, 2006: 9).

Se puede añadir a esta crítica, dos aspectos más: la suposición de que la “reproducción del mundo de la vida en sus tres dimensiones (cultura, sociedad y personalidad) es el resultado de un poder sin coacciones que descansa en procesos de entendimiento libres de dominio”, como ha señalado Rodríguez (1996: 210); y la remisión de tres procesos sociales basados en la intersubjetividad (acción,

interacción, relación) a campos específicos de reflexión social (psicología, antropología, sociología) subordinadas a su teoría de la acción comunicativa.

Por una línea semejante reflexionan Pinxte y Verstraete (2004), quienes proponen el estudio de las *dinámicas de identidad* y la cultura, pero a partir de la distinción de tres ámbitos de relaciones sociales de los individuos: la personalidad, la socialidad y la culturalidad. Estos ámbitos aluden a tres niveles o sujetos distintos: el individuo, el grupo (interacción cara a cara) y la comunidad.

En el escenario humano de la interacción y de la comunicación hay tres tipos de entidades, estructural y funcionalmente, diferentes. Un individuo puede interactuar con otros y con él mismo. En este último caso, hablamos de acción reflexiva. Los individuos actúan en relaciones interpersonales con otros, en relación de cara a cara, formando grupos. En el mundo moderno todo individuo pertenece a varios grupos, y diferentes grupos codeterminan a los individuos: la familia, el círculo profesional, etc. (Pinxte y Verstraete, 2004: 14)

Se puede considerar así que la relación social implica diversos procesos sociales en tres distintos niveles: el de la intersubjetividad implícita en las acciones o prácticas de los individuos, el de las interacciones como aspecto dinámico de las relaciones y el de la estructura que se conforma a través de la interacción entre los sujetos y las instituciones.

Desde otra perspectiva, Tirado (2001) expone también su concepto de *socialidad mínima*, el cual busca abordar de manera dialéctica la relación entre el mundo social objetivo y el subjetivo; al considerar que entre estos dos mundos está la *socialidad*. Ésta es considerada como la cualidad de “ser varias cosas al mismo tiempo (...), en tanto que presencia de varias multiplicidades y posibilidad de habitarlas por igual” (p. 496). Este aspecto que alude a la versatilidad, se deriva de la teoría de Mead:

esta dimensión de la socialidad (...) permite entender que el evento comunicativo e intersubjetivo es posible gracias a que pertenecemos a varios sistemas al unísono. El Self se anuncia como organismo consciente en la medida en que puede pasar de su propio sistema a los de los otros, y puede, así “en el pasar” ocupar plenamente tanto su propio sistema como el de los demás, su momento presente y el pasado, el presente y el pasado de los otros. Esta es la condición que le permite jugar varios roles. (Tirado, 2001: 373).

Al respecto, es oportuno recordar a Schutz (1995), quien señala que, aunque el hecho de estar siempre en posiciones diferentes ante el mundo objetivo y la situación biográfica determinada de cada uno representen obstáculos al entendi-

miento y refuercen la individualidad del conocimiento, el sentido común supera estas diferencias mediante dos tipos de idealizaciones: la *intercambiabilidad de los puntos de vista*; y la *congruencia del sistema de significatividades*, mediante las cuales son supuestos estos obstáculos como insignificantes. De esta *reciprocidad de perspectivas* que conforman estas dos idealizaciones, se desprende una más particular que explica la temporalidad de la interacción: la *reciprocidad de motivos*:

hasta la interacción más simple de la vida común presupone una serie de construcciones de sentido común – en este caso, construcciones de la conducta prevista del Otro-, todas ellas basadas en la idealización de que los motivos “para” del actor se convertirán en motivos “porque” de su asociado y viceversa. (Schutz, 1995: 51).

Tirado (2001) señala que el locus de la socialidad es la vida cotidiana; que “el estar- juntos se basa en lo estético y lo afectivo”; que la socialidad es como una “corriente subterránea, informal, que garantiza el perdurar de la vida en común”; y sugiere que la mejor forma de aproximarse al concepto consiste “en delimitar las coordenadas de los acontecimientos que le otorgan algún modo de expresión y contenido” (p. 559). Coincide así con la idea de que el mundo de la vida cotidiana es el escenario de la acción social (Schutz, 1995); la realidad social (o por lo menos “un aspecto esencial de ella”), está constituida por las interacciones que se dan en este mundo (Leal, 2006: 205). Este es el ámbito de la actitud natural, de la vida de todos los días, del mundo dado por sentado, del trabajo como dimensión de la plenitud ordinaria (Ritzer, 2001).

Es el mundo donde se realiza la relación del yo con el otro. Los tipos de relaciones sociales conforman submundos de vida: de asociados o congéneres, de contemporáneos, de antecesores y un mundo de sucesores (Rodríguez, 1996: 203), como lo plantea la fenomenología social:

Yo, ser humano, nacido en el mundo social y que vivo mi existencia cotidiana en él, lo experimento como construido alrededor del lugar que ocupo en él, como abierto a mi interpretación y acción, pero siempre con referencia a mi situación real biográficamente determinada. Solo con referencia a mí logro cierto tipo de mis relaciones con otros el significado específico que designo con la palabra “Nosotros”; solo con referencia a “Nosotros”, cuyo centro soy yo, aparecen otros como “Vosotros”, y en referencia a “Vosotros”, que a su vez se refieren a mí, surgen terceros como “Ellos”. En la dimensión del tiempo, existen con referencia a mí, en mi momento biográfico actual, “contemporáneos”, con quienes puedo establecer un intercambio de acción y reacción; “predecesores”, sobre los cuales no puedo actuar, pero cuyas acciones pasadas y su resultado están abiertos a mi interpretación, y pueden influir sobre mis acciones; “sucesores”, de quienes ninguna expe-

riencia es posible, pero hacia los cuales puedo orientar mis acciones en una anticipación más o menos vacía (Schutz, 1995: 45- 46).

Los submundos sociales se distinguen por “su grado de inmediatez”, y por su “determinabilidad (el grado en que el actor puede controlar estas situaciones)” (Ritzer, 2001: 516). Las interacciones sociales no sólo dependen así de la intersubjetividad, de compartir ciertos entendimientos y ámbitos estructurales de acción, sino también de la familiaridad o anonimato con la que se comparten los mismos. De esta manera, existen interacciones más cercanas que otras, en el sentido en que se comparte una mayor intersubjetividad en específicos ámbitos de la acción social.

De los contemporáneos (Schutz, 1995), las relaciones – nosotros (*unwelt*) conforman el ámbito de la interacción, de la relación cara-a-cara; es el mundo de los asociados, de las relaciones sociales con un nivel “relativamente alto de intimidad, que viene determinado por la medida en que los actores están familiarizados con las biografías personales de otros” (Ritzer, 2001: 517). Las interacciones conforman

la situación más propiamente social (...) Sólo en las relaciones cara a cara el otro es aprehendido como individuo Único en su situación biográficamente determinada. En cualquier otra dimensión del mundo social, el otro es experimentado y aprehendido como un tipo. El resto de situaciones sociales son variaciones de ella y se deducen de la combinación de las dos principales características de la relación-nosotros: la inmediatez y la reciprocidad. (López, 1995: 64)

El otro ámbito de relación social de los actores con los contemporáneos es el de las *relaciones – ellos (mitwelt)*, “el mundo social en el que las personas tratan de relacionarse con personas tipo o con grandes estructuras sociales” (Ritzer, 2001: 519). Este mundo social se caracteriza por el anonimato y la impersonalidad en las relaciones sociales. Está regido por las tipificaciones (Espinoza, 2003), más que por las interacciones; es decir, los actores se relacionan con actores tipificados representantes de estructuras sociales, siendo éstas “la suma total de estas tipificaciones y de las pautas recurrentes de interacción establecidas por intermedio de ellas” (p. 21). Si la construcción tipificadora es muy anónima, los individuos se presentan como

intercambiables, y el tipo de curso de acción se refiere a la conducta de “cualquiera” que actúe de la manera definida como típica por la construcción (...) excepto en la pura relación Nosotros entre asociados, nunca aprehendemos la singularidad individual de nuestro semejante en su situación biográfica única. (Schutz, 1995: 47)

Los diferentes grados del anonimato propio de este *mundo de relaciones* –ellos lo estructuran en diferentes niveles: aquellos conocidos en el pasado y posiblemente reencontrados en el futuro; aquellos conocidos a través de otros que nosotros conocemos; aquellos por conocer; aquellos que conocemos de acuerdo a sus posiciones y roles; los grupos conocidos por sus funciones mas no por sus individuos; los grupos tan anónimos que poco se conoce a sus integrantes; las estructuras de significado objetivas creadas por aquellos con los que no se tiene ni ha tenido interacciones; y los objetos físicos creados por desconocidos (Ritzer, 2001: 520).

La noción de ‘socialidad’ propuesta en este trabajo se conforma de los siguientes niveles:

- a) el de la *intersubjetividad* y las *prácticas individuales*, son las acciones individuales, reflexivas, que los sujetos realizan, no como imposición de estructuras exógenas, sino como reproducción de una intersubjetividad compartida con personas cercanas del mundo de vida cotidiano, de entendimientos comunes.
- b) el de la *interacción cara-a-cara*, el mundo de los *próximos*, de las relaciones cercanas con los otros *nosotros*, en el cual se comparten biografías y entendimientos que permiten la reproducción de la cotidianidad, como mundo de vida natural, el mundo de los asociados. Son las relaciones con otros habitantes de la localidad, con parientes, amigos, vecinos de localidades cercanas, conocidos de la familia, compañeros del trabajo, etc.
- c) el mundo de las *relaciones objetivas*, aunque se da en lo concreto en el mundo de todos los días, son relaciones con los otros *ellos*, donde el *alter* de la relación es abordado como una tipificación, como un agente de una estructura (con historia pero sin biografía), impersonal, lejano y anónimo. Son las relaciones de los individuos con representantes de instituciones políticas o económicas, con personal de servicios públicos, con comerciantes o empleados de empresas foráneas, con ministros del clero, etc.

Cada uno de estos conceptos delimita su ámbito interior de fenómenos, pero al mismo tiempo, posibilita su mutua articulación, conformándose así el dominio de la *socialidad*. El proceso de *interiorización*, entendido como internalización de las realidades externas, no sólo implica la intersubjetividad, sino que permite el establecimiento y reproducción de la interacción social (cara a cara con *otros-nosotros*). Estas relaciones con los *otros-nosotros* permiten no sólo la reproducción de la intersubjetividad compartida sino también brindan al individuo un terreno sobre el cual deslindar las relaciones sociales con los *otros-ellos*, representantes de entidades de contextos exógenos y distantes, actores más impersonales, relaciones que suelen ser anónimas y lejanas socialmente.

Entonces la interacción permite también marcar las fronteras sociales, identificar límites entre esos *ellos* y *nosotros*. De este modo, subjetividades sociales como la confianza, la reciprocidad y la solidaridad, en lugar de ser consideradas como activos, recursos o atributos de los sujetos sociales abstractos, se comprenden como entendimientos compartidos o como percepciones construidas socialmente, sobre las cuales se fundan y de las cuales a su vez se retroalimentan, las interacciones y relaciones sociales de sujetos sociales específicos.

El propósito de este ensayo es traer la reflexión acerca de cómo los procesos de reproducción social de los sujetos, es decir, el proceso mediante el cual satisfacen diversos tipos de necesidades, además de realizarse en un contexto estructural concreto, se efectúa y es posible a través de distintos niveles de acciones e interacciones sociales, mediadas por entendimientos y otras intersubjetividades. Por lo tanto, “es muy importante el reconocimiento que hace Schutz de la relación, llamémosle dialéctica, entre actores y estructuras en el proceso de construcción de la realidad social” (Hernández y Galindo, 2007:237).

Este enfoque epistemológico dialéctico en la fenomenología de Schutz posibilita la creación de un puente epistemológico con el marxismo crítico. Las tensiones subjetivo–objetivo, singular–social o interno–externo están presentes en el discurso fenomenológico:

“la misma dialéctica se replantea en el nivel de las relaciones grupales. Adoptando la clásica distinción propuesta por Sumner entre el endogrupo y exogrupo, puede decirse que la “responsabilidad”, por ejemplo, tiene un sentido diferente si un endogrupo reconoce la responsabilidad por sus actos y responsabiliza a alguno de sus miembros, o si un exogrupo hace responsables de transgresiones al endogrupo y a sus miembros” (Schutz, citado en Toledo, 2006: 61).

También en su clasificación de “motivos para” y “motivos porque”, se expresa una relación dialéctica en la temporalidad de las acciones de los sujetos: unos motivos son proyectados hacia el futuro y los otros anclados en el pasado. “en toda actividad humana hay implícita una temporalización inmanente en la que los motivos de los actores se materializan teleológicamente, como proyectos que conjugan dialécticamente las anticipaciones de los sucesos con las determinaciones sociales dadas por la situación biográfica” (Aristizábal, 2016:213).

En este artículo, se propone reunir bajo la noción de “*socialidad*” tres fenómenos sociológicos: intersubjetividad, interacción y relación social; los cuales abarcan distintos niveles o mundos de relaciones sociales concretas, vivas o muertas, cercanas o lejanas, presentes o pasadas (Luckmann, 1996). Para lograr esta articulación, es pertinente señalar que un enfoque epistemológico dialéctico

permite la reconstrucción de fenómenos concretos tomando en cuenta las interacciones entre estructuras y acciones:

La reconstrucción de las relaciones entre estructuras, subjetividades y acciones, y en particular de las configuraciones subjetivas concretas no pueden ser deducidas de una teoría general, porque la realidad en parte objetividad y en parte subjetivada se reconstruye permanentemente, no está sujeta a leyes universales, a lo sumo a tendencias entendibles como espacios de lo posible para la acción social. En esta medida se impone (...) un camino en la investigación que no se reduzca a la prueba de las hipótesis sino la reconstrucción de la Totalidad concreta (De la Garza, 2006: 34).

Teniendo como referente epistemológico esta dialéctica de la totalidad concreta (Kosik, 1967; Lessa, 2000; Lukács, 1985; Zemelman, 1987), la idea de la reproducción social de sujetos sociales y la socialidad como actos de los sujetos, propicia un abordaje integral, articulado y multidisciplinario de cuestiones relacionadas con el bienestar social, la desigualdad, las políticas sociales y la vulnerabilidad social, en el cual se analizan estas problemáticas desde la perspectiva de las praxis de los sujetos sin perder de vista el papel de las estructuras.

De esta manera se busca contribuir a integrar una visión, que no caiga en el estructuralismo ni en el subjetivismo (Matías y Hernández, 2014) y que sin ser ecléctica permita transitar de ida y vuelta de las estructuras hacia las agencias, en el análisis y reflexión de las problemáticas sociales de la desigualdad y del bienestar, posibilitando también un enfoque más justo y efectivo en la intervención social.

Conclusión

A partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando las problemáticas de la marginación y de la pobreza se aparecen en el ámbito académico y científico, se han hecho diversas propuestas teóricas metodológicas para responder a la cuestión de cómo sobrevive en el sistema capitalista la población pobre: estrategias, capital social, empoderamiento, resiliencia, por mencionar algunos planteamientos. Estos conceptos han guiado la formulación de programas y políticas públicas pertinentes, de orden internacional y nacional.

Se puede resaltar de estas respuestas a la cuestión, que buscan dar cuenta de las acciones que diversos sujetos sociales (las familias, específicamente en el caso de las estrategias de sobrevivencia), dirigen a su reproducción social, en contextos de desigualdad y marginación. Se puede también apreciar el esfuerzo que hacen por distinguir las lógicas propias de cada ámbito (económicos, políticos o culturales) involucrado por dichos conceptos. Particularmente, se resalta

su alusión a ciertas prácticas, interacciones y relaciones sociales de los individuos y familias en pobreza, basadas en intangibles como la confianza y la solidaridad, que les permiten, con una lógica distinta a la del mercado, obtener los recursos suficientes para sobrevivir cotidianamente.

Sin embargo, estas concepciones relacionadas con el bienestar social y sus problemáticas, al no superar la tensión entre sujeto y estructura, representados por los grupos, individuos y familias por un lado, y las condiciones económicas, culturales y políticas, por el otro, tienden a confundir factores estructurales con prácticas individuales, de manera que en estos enfoques, una problemática como la pobreza llega a concebirse por la falta de capital social o de empoderamiento de las personas.

La propuesta teórica presentada en este ensayo, pretende salvar esta falsa dicotomía, y la propone como una relación dialéctica. La reproducción social de los sujetos implica la reproducción social del sistema, en sus diferentes dimensiones (económica, cultural, política); de este modo se consideran como condiciones sine qua non los aspectos estructurales. La idea de socialidad, como aspecto dinámico y concreto de la reproducción social, pretende establecer este puente para integrar en la reflexión la relación entre estructura y sujeto.

Los principios epistemológicos dialécticos son válidos también para los componentes de la socialidad. En el ámbito de la intersubjetividad, ésta puede ser concebida como la síntesis de las tensiones entre sociedad e individuo. El individuo interioriza la sociedad y construye y comparte entendimientos con otros, a través de sus interacciones.

Diferentes niveles de tiempo y espacio en las relaciones, además de las proximidades sociales, determinan, además de los contextos sociales, diferentes socialidades y por lo tanto, diferentes matices y configuraciones de los procesos de reproducción social del bienestar.

Los sujetos sociales despliegan esta socialidad en su mundo de vida, reproduciendo los sistemas en los que interactúan y reproduciéndose a ellos mismos, siendo esta socialidad de la reproducción social delimitada por ámbitos domésticos, económicos, culturales. Estos conceptos que han sido agrupados en el término *socialidad*, son conceptos vacíos si no tienen referentes contextuales que les den concreción.

Además de cada ámbito de socialidad (doméstico, cultural, económico, político), se debe tomar en cuenta la composición de la organización familiar y la dialéctica necesidades – satisfactores de sus miembros; su historia familiar; y sus relaciones con vecinos, parientes, paisanos y amigos.

De este modo, lo que se propone en este ensayo tiene implicaciones para disciplinas como el Trabajo social, la psicología social, la economía, la politología, la sociología y la antropología, particularmente. La pobreza, la marginación, la exclusión social, la desigualdad social, la discriminación y la vulnerabilidad social, pueden ser abordados considerando las prácticas de los sujetos, conformadas por entendimientos de su situación concreta, las causas inmediatas de éstas y las acciones a realizar al respecto; por las interacciones y vínculos cercanos que pueden fungir como recursos pero también como factores del problema; y por sus relaciones con instituciones de las estructuras, como en el caso de las políticas sociales.

Referencias

- Aristizábal, P. (2016) “El mundo de la vida y la intersubjetividad en perspectiva social. Análisis desde el pensamiento de E. Husserl y A. Schutz”. *Acta fenomenológica latinoamericana*. Volumen V (Actas del VI Coloquio Latinoamericano de Fenomenología) Círculo Latinoamericano de Fenomenología Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú 2016. pp. 203-220.
- Ariza, M., y O. Oliveira (2004) “Universo familiar y procesos demográficos”. En: Ariza, M. y O. de Oliveira (Coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. México: IIS – UNAM. pp. 9-45.
- Arizpe, L. (1986) “Las mujeres campesinas y la crisis agraria en América Latina”. *Nueva Antropología*. Revista de Ciencias Sociales. Vol. VIII, N° 30, 1986. pp. 57-65.
- Ballester, L. (1999) *Las necesidades sociales. Teorías y conceptos básicos*. España: Editorial Síntesis.
- Boltvinik, J. (2007) *Elementos para la crítica de la Economía Política de la Pobreza*. *Desacatos*, N° 23. Enero- abril 2007. pp. 53-86.
- De la Garza Toledo, (2006) *Hacia dónde va la Teoría Social*. En: De la Garza, Enrique (Coord.) *Tratado latinoamericano de Sociología*. México: Universidad Autónoma Metropolitana – Anthropos Editorial del Hombre.
- Eguía, A. (2004) *Pobreza y reproducción familiar: propuesta de un enfoque para su estudio*. *Caderno CRH*, Bahía, Brasil: Universidad Federal de Bahía; Vol. 17, N°. 40, enero-abril de 2004, pp. 79-92.

- Garaudy, R. (1970) *Introducción al estudio de Marx*. México: Editorial Era. 1964, 1ª edición en francés.
- García, S. (2004) Reflexiones sobre Economía y Psicología. *Revista Electrónica de Psicología Política*, Año 2, Número 6, junio 2004, Universidad de San Luis, Argentina (en Internet): http://www.psicopol.unsl.edu.ar/junio04_notas4.htm (consultada el 28 de febrero de 2008).
- Hammersley, M., y P. Atkinson (1994) *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Heller, A. (1985) *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. México: Enlace – Grijalbo.
- (1998) *Teoría de las necesidades en Marx*. Barcelona: Ediciones Península.
- Herrera, M. (2000) “La relación social como categoría de las Ciencias Sociales”. *REIS*, 90. pp. 37-77.
- Hevia, F. (2005) ¿Cómo construir confianza? Hacia una definición relacional de la confianza social. En Hernández, A. (Coord.), *Transparencia, rendición de cuentas y construcción de confianza en la sociedad y el Estado mexicano*. México: Instituto Federal de Acceso a la Información Pública. pp. 15-35. Disponible en Internet en la dirección: <http://www.bibliojuridica.org/libros/6/2501/4.pdf> (consultada el 11 de noviembre de 2007).
- Hernández, Y. y R. Galindo (2007), “El concepto de intersubjetividad en Alfred Schütz”. *Espacios Públicos*, Universidad Autónoma del Estado de México, vol. 10, N° 20, 2007, pp. 228-240.
- Jelin, E. (1984) *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Argentina: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES).
- Kosik, K. (1967) *Dialéctica de lo concreto. Estudio sobre los problemas del hombre y del mundo*. México: Grijalbo.
- Leal, R. (2006) “La sociología interpretativa de Alfred Schütz: reflexiones en torno a un planteamiento epistemológico cualitativo”. *Alpha*, dic. 2006, N° 23, pp. 201-213.

- Lessa, S. (2000) "Lukács: El método y su fundamento ontológico". En: Borgianni, E. y C. Montaña (Orgs.) *Metodología y servicio social, hoy en debate*. Brasil: Cortez Editora. Trad. C. Montaña. pp. 199-228.
- López, C. (1995) "La sociofenomenología de A. Schütz: entre el constructivismo y el realismo". *Papers*, 47. pp. 55-74.
- Luckmann, T. (1996) *Teoría de la acción social*. España: Ediciones Paidós Ibérica.
- Lukács, G. (1985) *Historia y consciencia de clase I*. Madrid: SARPE. Dos volúmenes.
- Margulis, M. (1975) "Condiciones de producción e ideologización de la ciencia social". *Nueva Antropología*, revista de Ciencias Sociales. N°1, Julio, 1975. pp. 77-98.
- (1980) "Reproducción social de la vida y reproducción del capital". *Nueva Antropología*, revista de Ciencias Sociales. Año IV, N°. 13 – 14, México, 1980. pp. 47-64.
- Marx, C. (1981) *El Capital 4. Libro I: El proceso de producción del Capital. Sección Tercera: La producción de la plusvalía absoluta*. México: Editorial Grijalbo. Serie "Textos Vivos".
- Matías, A. y A. Hernández (2014) "Positivismo, dialéctica materialista y fenomenología: tres enfoques filosóficos del método científico y la investigación educativa", *Revista Actualidades Investigativas en Educación*, Universidad de Costa Rica, Volumen 14, N° 3, Año 2014, pp. 1-20.
- Moctezuma, P., y B. Navarro (1984) "Proletariado, Estado, y reproducción de la fuerza de trabajo en las colonias populares". *Nueva Antropología*. Revista de Ciencias Sociales. Vol. VI, N°. 24, Junio de 1984. pp. 5-20.
- Narotzky, S. (2007) El lado oculto del consumo. Yproductions (eds.) *Producta50. Una introducción a algunas de las relaciones que se dan entre la cultura y la economía*. Barcelona, Generalitat de Catalunya / Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació, pp. 170-187.
- Navarro, P. (2002) "La socialidad humana como anomalía evolutiva". *Papers*, Revista de Sociología, N° 68, pp. 65-80.
- Noguera, J. (2002) "El concepto de trabajo y la teoría social crítica". *Papers* 68, pp. 141-168.

- Ortale, S. (2003) “Condiciones de trabajo, recursos para la reproducción y alimentación familiar en tres barrios pobres del Gran La Plata, Buenos Aires (Argentina)”. Chile: Actas del IV Congreso Chileno de Antropología, Ed. Colegio de Antropólogos de Chile. pp. 182-204.
- Pinxte, R., y G. Verstraete (2004) Culturalidad, representación y autorepresentación. *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, núm. 66 – 67, octubre de 2004. pp. 11-23.
- Ritzer, G. (2001) *Teoría sociológica clásica*. España: Mc Graw – Hill Interamericana, 3ª ed.
- Rodríguez, T. (1996) “El itinerario del concepto del mundo de la vida. De la Fenomenología a la Teoría de la Acción Comunicativa”. *Comunicación y Sociedad* (DECS, Universidad de Guadalajara), núm. 27, mayo- agosto 1996, pp. 199-214.
- Schutz, A. (1995) *El problema de la realidad social*. Argentina: Ed. Amorrortu Maurice Natanson, comp.; 2ª edición en español.
- Solís, S. (2005) “Las necesidades sociales: el acercamiento a su construcción”. En Arteaga, Carlos, y Silvia Solís (Coords.), *Necesidades sociales y desarrollo humano: un acercamiento metodológico*. México: ENTS – UNAM / Plaza y Valdés. pp. 27-70.
- Tirado, F. (2001) *Los objetos y el acontecimiento: Teoría de la socialidad mínima*. Tesis Doctoral, Facultat de Psicologia de la Universitat Autònoma de Barcelona, España. Sitio en Internet: <http://www.tesisenxarxa.net/TDX-0925101-165005/> (página consultada el 14 de diciembre de 2007).
- Todaro, R. (2004) “Introducción general. Ampliar la mirada: trabajo y reproducción social”, en Todaro, R. y S. Yáñez (Eds.), *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*. Chile: Centro de Estudios de la Mujer. pp. 15-32.
- Toledo, U. (2006) *El programa sociofenomenológico de investigación*. Tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía, Mención Epistemología de las Ciencias Sociales. Universidad de Chile.
- Zemelman, H. (1987) *Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente*. México: El Colegio de México.